

Voz de alarma

2-7-1940

3/13/46

Cesastre familiar 46

LA Prensa nacional está recogiendo estos días unas cifras de extraordinaria gravedad. Aparecen, basadas en datos de la Dirección General de Sanidad y en observaciones médicas fundamentadas y serias, en una ponencia que con el título «Abortos criminales», han presentado los doctores Pumarino y Fernández Ruiz a la Academia-Sociedad Ginecológica de Madrid. Según este informe, son más de 125.000 abortos absolutamente criminales al año los que se vienen cometiendo en España, y, por lo tanto, 125.000 auténticos asesinatos, 125.000 seres que se roban a la Patria. En lo que a Madrid se refiere, las cifras son aún más alarmantes: la relación normal de 27 abortos por cada cien partos, se ha visto acrecentada en los últimos tiempos hasta alcanzar la cifra asombrosa de ciento trece abortos por cada cien partos. Si el caso de Madrid se extendiese a toda España, nos encontraríamos con que en toda la nación ocurrirían anualmente 668.000 abortos, es decir, una cantidad muy semejante a la de nacimientos. Y de este total, 501.000 serían abortos provocados y criminales.

Esos son los datos que por su origen y fundamentación, hemos de admitir como exactos. Casi sobra toda palabra de comentario. Nuestros lectores, todos los españoles, se han de dar cuenta de la inmensa profundidad del mal, mayor acaso, porque aparece en toda su descarnada intensidad casi súbitamente para muchas gentes. Y, sin embargo, no puede sorprender demasiado. Una siembra infame de materialismo, de irreligión, a lo largo de muchos años, agudizada durante la República y llevada a extremos prácticos nauseabundos durante el período marxista—y Madrid vivió cerca de tres años en pleno delirio soviético—tenía que traer estos resultados.

Lo importante, lo urgente y decisivo, es aprestar los remedios. Además de la acción del Estado—de cuya eficacia y rapidez estamos seguros—es necesaria la acción de los individuos. Por eso lanzamos nuestra voz de alarma. Porque no hay que olvidar que este problema gigantesco que se esboza, exige remedios, no sólo económicos y sanitarios, sino, ante todo, remedios morales. Hay que hacer realidad total la política familiar del Nuevo Estado, basada en una acción educativa y moral. Es decir: el retorno, por la puerta grande, del espíritu y de las normas de vida católica. El programa de la Iglesia que Montaigne juzgaba así: «Parece que solamente busca la felicidad del mundo futuro, y produce también la del mundo presente».

Ahí está, recentísimo y sangrante el ejemplo y la lección terrible de Francia. «Teníamos pocos hijos», ha dicho, en la confesión de la derrota, el Mariscal Petain. A España, con su entraña realmente católica no debe ni puede ocurrirle esto jamás.